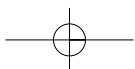




¿Un momento de descanso o pidiendo limosna?



# Votar como blanco o votar como trabajador

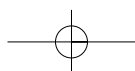
texto y fotos de Mark Aguirre

**G**ane quien gane las elecciones, Obama o McCain, el nuevo Presidente heredará un país con su ideario neoconservador en crisis, dos sangrantes guerras en curso y una economía cuarteada a punto del derrumbe, si no ha empezado ya a derrumbarse. Con un Presidente republicano, George Bush, que tiene los índices de apoyo más bajos de la historia, lo normal sería que un candidato demócrata hubiese ganado las elecciones. Pero éstas no son unas elecciones normales. Un candidato negro ha ganado la nominación demócrata y la cuestión de la raza ha entrado en la carrera presidencial. Este artículo explora la tensión entre raza y clase que para su autor habrá decidido las elecciones, y los límites estrechos que el futuro Presidente enfrentará para revertir el curso devastador de la política americana.

En 1989, en las elecciones para gobernador de Virginia, Doug Wilder, un candidato negro, encabezaba las encuestas con una ventaja de 9 puntos. El día de la elección ganó por los pelos, por un raquítrico medio punto. Peor le había ido a Tom Bradley, el alcalde negro de Los Angeles, quien en 1982 se presentó para gobernador de California. Cuentan que el periódico *San Francisco Chronicle* tuvo incluso que cambiar su portada. Bradley, el claro favorito, había perdido. A diferencia de lo que habían dicho en público los blancos, en privado no votaron por el candidato negro. Puede que esto le haya ocurrido a Obama –este artículo ha sido escrito un mes antes de las elecciones, cuando Obama encabezaba las encuestas por 5 puntos– si los votantes americanos han preferido dejarse arrastrar por los prejuicios racistas y votar como hombres blancos antes que como trabajadores o como ciudadanos opuestos a la guerra de Iraq.

En las últimas elecciones presidenciales la cuestión racial ha pesado más en el voto de los hombres blancos que lo ha hecho su posición de clase. A los candidatos demócratas Al Gore y John Kerry les votaron menos del 40% de los hombres blancos que fueron a las urnas. Ni el Presidente Bill Clinton, viniendo de Arkansas, fue capaz de ganar su voto. Fue Presidente gracias

a las mujeres, los negros y los latinos. El racismo explica en buena parte (la derecha protestante el resto) porqué los conservadores republicanos consiguieron el apoyo popular para gobernar a pesar del carácter elitista de su revolución neoconservadora y su política económica a favor de los ricos. Los trabajadores que votaron primero por Ronald Reagan y después por George W. Bush se dejaron pervertir por su intolerancia racista. Depositaron su voto como blancos antes que como trabajadores. Para entenderlo es conveniente repasar la historia política reciente de los Estados Unidos. Desde que el Partido Republicano de Abraham Lincoln aboliera la esclavitud, el Partido Demócrata se había convertido en el partido de los blancos del sur “resentidos” por su derrota en la guerra civil. La firma por el Presidente Lyndon Johnson del Acta de los Derechos Civiles, que hacía ilegal la segregación de los negros, cambió la historia. Las elecciones de 1964 fueron las últimas en que los demócratas ganaron el voto de los hombres blancos. Los demócratas sureños que seguían oponiéndose a la igualdad racial sintieron la firma como una puñalada por la espalda. Los blancos del sur, llenos de ira, se rebelaron contra su propio partido. Hasta el punto de que estos blancos trabajadores prefirieron



renunciar a la cobertura universal del seguro médico que proponían los demócratas antes que votarles de nuevo. ¿Cómo iban a compartir el mismo cuarto de hospital de la seguridad social con un negro cuando se oponían incluso a compartir los autobuses públicos en igualdad de condiciones? Ronald Reagan explotó conscientemente esta venganza política de los blancos contra los demócratas convirtiendo el sur en un bastión republicano. Lanzó su campaña de 1980 como candidato republicano a la Presidencia en Neshoba County Fair, en Mississippi, un mes después de que Edgar Ray Killen fuera condenado por asesinar allí en 1964 a tres activistas de los derechos civiles. Desde entonces ha sido el sur quien ha dado el triunfo a los republicanos, mientras éstos han convertido su partido en la fortaleza de los blancos, anglosajones y protestantes. En la convención que eligió a McCain como candidato presidencial sólo 36 de los 2.380 delegados republicanos eran negros. El 93% de los delegados eran blancos, muy por encima del 66%, el porcentaje de blancos que viven en Estados Unidos. La relación entre republicanos y negros murió después del huracán Katrina en el Superdome de Nueva Orleans, como está empezando a hacerlo con los latinos después de las redadas masivas del gobierno republicano en factorías y campos contra inmigrantes sin papeles.

Pero es muy posible que a pesar de los prejuicios racistas Obama sea elegido el primer Presidente negro de los Estados Unidos. Las encuestas muestran que un tercio de los blancos demócratas ven a los negros con recelo, pero esto no ocurre con los jóvenes, que pueden desequilibrar la balanza si, como parece, han decidido votar en gran número junto a los negros e independientes el día de las elecciones. Los demócratas han ganado en los dos últimos años dos millones de votantes nuevos (en Estados Unidos antes de votar debes registrarte como demócrata, republicano o independiente) mientras que los republicanos han perdido 334 mil votos. Obama ha abierto más locales de apoyo que McCain en los estados más conflictivos, salvo en Florida. Es lo mismo que ocurrió en las primarias, cuando Obama “sorprendentemente” derrotó a la favorita de los media y los negocios, la senadora Hillary Clinton. Clinton tenía el apoyo de las mujeres y de los trabajadores blancos. Pero Obama nadaba ya entonces con la corriente demográfica que convertirá en un par de décadas a los hombres blancos en una minoría dentro de los Estados Unidos.

Cuando Obama nació en Hawai de padre keniano y madre tejana, los matrimonios entre blancos y negros estaban prohibidos en la mitad de los Estados que conforman la Unión americana. En la década de los setenta, cuando Obama era un ado-

lescente, todavía sólo un poco más del 30% de los ciudadanos estadounidenses apoyaban los matrimonios entre blancos y negros. Pero hoy, gracias a las nuevas generaciones que han crecido con la política de integración racial, las cosas son diferentes. Sólo el 30% se opone a matrimonios entre blancos y negros, mientras que el 70% lo aprueba. El 90% dice públicamente sentirse cómodo con un Presidente negro. Obama ha sabido expresar políticamente este cambio sociológico y demográfico. Supo crear un movimiento político sostenido en pequeñas donaciones que al principio no le hicieron depender de los grandes intereses de siempre. Un movimiento de base que hizo que un peso pluma, un pequeño candidato sin apenas experiencia, derrotase a los puntos a un peso pesado apoyado por el establishment como era la senadora Clinton. A ésta le votaron, como hemos dicho, las mujeres blancas y los obreros sin-

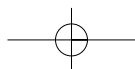
## **La política económica regresiva fue el resultado de la victoria política de los ricos.**

dicalizados blancos (con el acostumbrado cinismo, ella, quien había sido una colaboradora ejecutiva de Wal-Mart, una empresa que prohíbe a sus trabajadores afiliarse a sindicatos, se presentaba como la “heroína de la clase trabajadora”). A Obama le apoyaron los jóvenes, los negros, gente independiente que desconfiaba de la elite demócrata, los que se oponían a la guerra, la gente con mayor educación que había podido deshacerse gracias a la misma de los

prejuicios racistas. Por eso fracasaron cuando para derrotar a Obama como candidato demócrata empezaron una campaña que se podía resumir en algo así como “no es posible que un negro con una historia dudosa, que además tiene un pastor negro antipatriótico, llegue a la casa Blanca”. Se metían con Michel Obama, su esposa, llamándola “resentida” contra los blancos. En la televisión parecía como si un voto de una mujer blanca madura tuviera más valor que el de un hombre joven negro. Pero Obama, con un discurso de cambio, supo atraerse a la corriente más progresista de los demócratas cuando les dijo: recuerden a Martin Luther King y su sueño, “acepten esta rama de olivo” y no se olviden de que la frustración está presente no en Obama, está en las comunidades negras, en donde hay más negros en las cárceles que en las universidades. Y ha llegado la hora de cambiarlo.

\*\*\*

En un viaje que hice a la ciudad de Huntington, Virginia del Oeste, conocí a un hombre divorciado de 45 años que acababa de perder su empleo. Había trabajado en una factoría de instalaciones metálicas durante más de 15 años en el vecino estado de Kentucky, hasta que la cerraron a principios de año. No ha-





bía podido encontrar un empleo decente. Ahora trabajaba ocasionalmente donde podía. Ingresaba como mucho la mitad de lo que había ganado en la fábrica. Había tenido que volver a casa de sus padres jubilados. Este trabajador decía que el país iba mal y que veía un futuro todavía peor que el suyo para sus hijos. Para él, el triunfo del libre mercado en la guerra fría se había evaporado, igual que lo había hecho el sueño americano. El país necesitaba un cambio de dirección. Todavía no había decidido su voto, pero Obama, decía, era más fiable que McCain. Eran los días en que los precios de la gasolina se habían disparado, y el 75% de los americanos responsabilizan a Bush de la mala situación económica.

Tras la semana negra financiera de septiembre el diario *The New York Times* avisaba a los americanos que se había terminado la época dorada de la economía y que el país iba a ser en los próximos años más pobre. ¿Pero podía serlo más para este metalúrgico de Huntington?

El neoliberalismo habrá traído la gloria a las cuentas corrientes de los banqueros, pero no a los hogares americanos. Las estadísticas muestran que el crecimiento económico de las últimas dos décadas fue a parar a los bolsillos sin fondo de los capitalistas y sus gestores. Hace tres décadas los gerentes ingresaban de 30 a 40 veces más que el ingreso de un trabajador medio; ahora el promedio es 344 veces. Richard Fuld, el jefe de banco Lehman, cobraba 17 mil dólares la hora. A pesar de su monstruoso salario el banco ha quebrado. La productividad crecía, pero no lo hacían los salarios de los trabajadores. La economía producía más, pero no creaba suficientes empleos. Los pobres han estado subvencionando a los ricos como Fuld, y ahora quieren que esto continúe a gran escala con sus supuestos planes financieros de rescate. Para los gobiernos neoliberales los trabajadores no tienen que notar positivamente los años de bonanza, pero sí negativamente los de crisis.

Según estadísticas recientes los hogares americanos ingresaron menos en el año 2007 que en el año 2000, cuando Bush ganó las elecciones. Es lo que está empujando a los trabajadores blancos a superar sus prejuicios racistas y votar por Obama. En estos años de bonanza económica el número de americanos viviendo en la pobreza ha aumentado en 5,7 millones. Oxfam America, The Conrad Hilton Foundation y the Rockefeller Foundation acaban de financiar un informe sobre el nivel de desarrollo humano en los Estados Unidos: *The American Human Development Report*. La economía número uno del



Una camiseta ganadora...

mundo ocupa el número 12 en términos de desarrollo humano. (Hace 18 años ocupaba el número 2). Según este estudio Estados Unidos ocupa el segundo lugar en el mundo en ingreso por habitante, pero el número 42 en esperanza de vida. Uno de cada seis ciudadanos no tiene seguro médico. Estados Unidos tiene más niños viviendo en la pobreza que cualquier otro país rico del mundo. El país cuenta con el 5% de la población mundial y el 24% de sus presos.

Una de las cosas que ha puesto en evidencia la respuesta del gobierno americano a la crisis financiera ha sido el carácter político de las políticas neoliberales. El dominio "empresarial" no fue una necesidad de la ciencia económica (de la supuesta inutilidad de la intervención estatal) o del ciclo económico como nos lo presentaron los economistas fanáticos del mercado. La política económica regresiva fue el resultado de la victoria política de los ricos. Fue una política de las elites capitalistas para revertir la tendencia igualitaria que se había abierto camino en el siglo XX gracias a los movimientos populistas, socialistas y comunistas. Ahora las mismas elites, para proteger sus ganancias en peligro, están moviendo en Washington a sus cabilderos más ricos e influyentes para que el gobierno intervenga en su favor. De la noche a la mañana nacionalizar, regularizar, intervenir se han convertido en lo políticamente correcto y en medidas acordes con los principios económicos. Los líderes demócratas y republicanos una vez más se han puesto de rodillas ante los lobbystas de Wall Street, sus señores, que desde hace años tienen secuestrada la democracia americana. Si no se lo impiden los trabajadores, "las clases medias" empobrecidas –la rebelión en el Congreso de septiembre con-



tra el liderazgo de los dos partidos es un indicio de la rabia existente en la calle—, cuando llegue el momento les devolverán sus bancos saneados.

\*\*\*

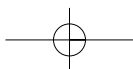
A finales de septiembre, en un discurso patético, el Presidente Bush, no Rosa Luxemburg, nos alertaba del posible derumbe del capitalismo. Era el testamento político (no su entierro) de los neoconservadores, el grupo de intelectuales que estableció en 1980, desde la hegemonía partidaria republicana, el nuevo ideario político de los Estados Unidos, proclamando el fin de la historia a manos de la democracia liberal y el capitalismo. En la década de los noventa, vigorizada por el colapso de la Unión Soviética, la revolución neoconservadora reordenó la regulación económica del Estado dando mano libre a los empresarios y a los banqueros de Wall Street para poder hacer lo que quisieran con el dinero de los ahorradores y llamar a las puertas del gobierno cuando lo necesitasen. Cosa que no podían hacer los trabajadores y los pobres que eran excluidos de la nueva riqueza. Reglamentaron el comportamiento social explotando la religiosidad ya presente en las comunidades cuando Alexis de Toqueville visitó en 1831 los Estados Unidos, y la herencia del macarthismo anticomunista (adaptada por Bush al terrorismo) para contrarrestar la revolución cultural crítica y participativa de los años setenta. Veintiocho años después su proyecto está hecho añicos, en parte por la labor del ciclo económico, inexistente según ellos; en parte por su incompetencia

y avaricia; y en parte por la resistencia que han encontrado en Iraq, Afganistán y Medio Oriente a sus planes neocolonialistas. El imperio está exhausto militarmente: atrapado en las arenas de Iraq, malherido en Afganistán y Pakistán, con sus aliados humillados en el sur del Líbano y en Georgia. Con una deuda asfixiante (1,3 trillones de dólares) que lo hace dependiente financieramente de su rival China y que paraliza cualquier proyecto serio de reestructuración productiva del sistema; y una sociedad que ha perdido la esperanza en el sueño americano. La idea de que Dios está de su lado está muriendo en las ciudades de los Estados Unidos.

Las encuestas muestran que los americanos quieren un cambio de dirección en su país. Nueve de cada diez dicen que Estados Unidos va en dirección equivocada. Sabemos que McCain no quiere un cambio. Para él la economía neoliberal tiene una fuerte fundación y quiere liderar el

mundo con sus misiles y estar 100 años en Iraq. Su carrera política esta ligada a los actuales intereses empresariales y petroleros de Washington y el Pentágono. Sus votos en el senado durante dos décadas hablan por sí solos. El 90% de las veces ha votado a favor de las propuestas de Bush. Su equipo de campaña esta lleno de cabilderos pagados por grandes compañías. Entre ellas Freddie Mac, ahora nacionalizada. Su mujer es una millonaria propietaria de una lucrativa distribuidora de bebidas alcohólicas con base en Arizona. Él fue elegido senador agitando la lástima patrioter de un prisionero de guerra en Hanoi. La convención republicana que lo eligió candidato mostró una cultura de guerra, hacia al exterior contra lo independiente del Imperio, y hacia dentro contra la cultura liberal, que les ponía los pelos de punta. Si gana las elecciones, los acontecimientos lo guiarán como hace el viento a las veletas. La incertidumbre se apoderará del mundo y el Imperio acelerará bruscamente su caída enfrascado en guerras inútiles.

Obama ha atraído a la gente que sociológicamente podría apoyar a un candidato de izquierda: trabajadores, negros, latinos, verdes, mujeres, gays y sobre todo a los jóvenes. Sectores que se movilizan, se mueven en organizaciones independientes pero suelen participar también en las primarias demócratas. Un movimiento fluido no constreñido ideológicamente. El mismo Obama creció en Indonesia con una madre que en algunos momentos fue ayudada por los beneficios sociales del Estado. Cuando acabó su carrera de abogado en Harvard prefirió trabajar como activista en las organizaciones comunales de Chicago que en un despacho bien pagado de abogados. Se ins-



taló en Hyde Park, el área donde está la Universidad de Chicago, un barrio famoso por su independencia política y su vinculación hacia la izquierda. En 1996 fue elegido senador del Estado de Illinois como un reformador que quería reducir la influencia de los intereses especiales y ayudar a los pobres a tener una vivienda. En la política local llegó a ser más conocido por su pragmatismo que por su ideología; como un político dispuesto a contraer compromisos con todos los lados. Con sólo tres años en el senado de la Unión, llama la atención su rápida carrera política a nivel nacional. Sólo hace cuatro años era un desconocido. Su discurso en la convención demócrata sólo fue transmitido por la cadena pública de Illinois y por canales de cable que siguen la vida política. La gente lo conocía por ser el único negro en el senado. Pero supo usar, en su discurso de cambio, como propulsor las turbulencias de los últimos años que lo han aupado como un tornado hasta lo alto. Su popularidad creció enormemente por oponerse a la guerra de Iraq, una posición que ha llegado a ser mayoritaria entre los americanos. Luego habló de negociar con los enemigos exteriores, poner más impuestos a los ricos, regular Wall Street, y afirmó su apoyo a los derechos laborales y al aborto y su preocupación por el calentamiento global. En un fenómeno desconocido desde hace años, reunió a más de 80 mil personas en Oregón y volvió a hacerlo en Denver, con gente que quiere cambiar este país. Han dado dinero a su campaña más de 1,5 millones de americanos, la mayoría con pequeñas donaciones a través de internet. Su discurso será reformista, pero ha ganado el apoyo de muchos trabajadores y jóvenes que lo han convertido en un candidato de esperanza.

\* \* \*

Pero en caso de que Obama gane ¿puede ser realmente un agente de cambio? La convención demócrata que lo eligió como candidato presidencial fue una mirada atrás. Los discursos añoraban el sueño americano perdido y también su posición dominante –ahora cuestionada– en el mundo. Nadie habló del fin de una época sino de ocho años ininterrumpidos de desastres. El mensaje no era reconstruir el ideario americano, haciendo una crítica del neoconservadurismo, sino retomar el curso de antes de que Bush fuera Presidente, como si esto fuera posible. El mismo Obama dejó bien claro que su oposición a la guerra de Iraq no debe ser interpretada como una oposición a todas las guerras del Imperio. En el senado, ha votado regularmente a favor de incrementos en los gastos militares. Cree en el “excepcionalismo americano” y el derecho de Estados Unidos

## **E**l Imperio ha visto sus límites como potencia única al ser incapaz de ganar las guerras que libra.

a liderar el mundo. Dijo estar a favor de la pena de muerte en algunas ocasiones y no se opuso a las políticas de pinchar teléfonos de Bush. Obama dejó fríos a muchos de sus seguidores cuando eligió como sus asesores económicos a defensores de Wall Street (Robert E. Rubin, uno de los diseñadores de la política económica desregularizadora del Clinton) y de corporaciones como Wal-Mart (Jason Fuman, un economista caracterizado por líderes sindicales como “preocupado por los beneficios de las corporaciones y no lo suficiente por los trabajadores”). Las dudas sobre Obama crecen, pero las percepciones de los votantes americanos no cambian. Las encuestas dicen que el 70% tiene la percepción de que Obama está antes por la gente común que por las grandes corporaciones. Los trabajadores, los negros, los jóvenes esperan de él ser algo más que un administrador benévolo de una crisis que amenaza ser

voraz con sus ingresos y sus empleos. Esperan de él que acabe con la hegemonía de los ricos en la política americana y recupere la democracia para el pueblo, ahora en manos de los intereses especiales. En otras palabras, que redefina el ideario americano poniendo los intereses de los trabajadores, las “clases medias”, en el centro.

Esa tensión, entre la esperanza en ver a Obama como un agente de cambio a favor de los que menos tienen, y su ligazón cada vez mayor a los viejos intereses económicos del sistema va a de-

finir convulsivamente la política americana bajo la presidencia de Obama, si éste ganara. Los que le han votado tendrán que recordarle en la calle sus promesas. El desafío a Bush y a los líderes de los dos partidos por la mayoría de los congresistas rechazando su paquete de rescate de Wall Street es el prólogo de este conflicto.

Gane quien gane, Estados Unidos entra en una etapa incierta. El Imperio ha visto sus límites como potencia única al ser incapaz, como le sucedió en Vietnam, de ganar las guerras que libra. Su crisis económica esta siendo comparada por su profundidad y severidad a la del 29, cuando Estados Unidos protegió sus mercados, repatrió capitales y volvió a una política exterior aislacionista. Su dependencia financiera de China y Japón es cada vez mayor. Por si fuera poco quieren salvar a los banqueros de Wall Street con dinero de todos, en unas cantidades similares a otra guerra de Iraq, quitando recursos por años para extender universalmente la salud o mejorar las escuelas como están pidiendo los votantes. El nuevo Presidente, sea quien sea, no tendrá recursos para hacer lo que ha prometido si no escucha los deseos de cambio de la calle y rompe con los intereses especiales de las grandes corporaciones. Si no lo hace, se moverá como un preso en una celda ■

